

Viernes 21-Enero-2005

La calle
Diario de un espectador
¡Eres mi héroe!
por miguel ángel granados chapa

Corría el año 1975. Junto con sus padres, Ramón lleva una vida trashumante. Ha vivido en Bilbao y en otras ciudades, y en el momento de iniciarse la película ¡Eres mi héroe! viaja de Burgos a Sevilla, donde su padre tendrá un nuevo destino, como parte del personal de Galerías Preciados.

Ramón tiene un confidente imaginario, un jefe indio llamado Nube Blanca con quien conversa a solas, y de quien obtiene la sabiduría que requiere para las continuas adaptaciones a que lo fuerzan las mudanzas de domicilio. Sus mandamientos consisten en no pelear, no chivear (delatar, rajar diríamos en español de México) y no hacerse notorio. Pero al llegar al colegio sevillano el primero de sus principios se pone a prueba.

Es que una pandilla de cuatro bandoleros la toman contra el recién llegado, y a diario lo hostilizan. Hasta que, harto de resistir, se les enfrenta, y con la cabeza rompe la nariz a uno de sus atacantes, por casualidad el hermano de una chica de la que Ramón va enamorándose, a partir de sus afinidades musicales. Ambos son fans de Mocedades (como lo es también la mamá de Ramón, con quien canta a duo Eres tu), aunque van transitando hasta el rock pesado, que se abre paso con dificultades en la España de mediados de los setenta.

Con la seca respuesta a sus belicosos compañeros, Ramón comienza a ganarse un lugar entre ellos, especialmente con David, hijo de un taxista que convoca a la banda a reuniones de iniciación sexual en la cochera de la casa familiar. Se puede consultar allí una colección de ejemplares de la edición francesa de Playboy, cuyas imágenes favorecen la masturbación en cuya práctica todos quieren parecer campeones. El que lo es calladamente es Ortega, uno de los rufianes que, como dicen los españoles, se hace la puñeta inspirado por las formas de la maestra de francés, francesa ella misma a la que el lento Ortega, mayor que el resto de sus compañeros y también más voluminoso, le recita en francés un elogio al final del curso, cuando ella confesaba su frustración por la impertinencia de los alumnos.

Un día de noviembre, cuando Ramón esperaba temeroso la sanción por haber golpeado a quien quisiera que fuera su cuñado, el director del colegio da a los educandos una noticia que, dice, nunca hubiera querido darles: Franco ha muerto. Y a partir de ese momento en las calles y en la escuela misma comienza una agitación y una apertura de las mentes y de las bocas.

Uno de los profesores, el de religión, es un cura joven, barbado, comunista,

discretamente hasta entonces, desembozado a partir de ahora, quien alecciona a sus alumnos sobre el fascismo practicado por muchos profesores, don Félix entre ellos, un hombre autoritario muy ufano del régimen franquista. Entre las maldades que discurre la pequeña pandilla, Ramón es obligado a cortar con una navaja de resorte una llanta del vehículo de don Félix. Descubierto por una maniobra que sólo posteriormente conocerá, Ramón delata al cura, porque el director y don Félix lo amenazan con denunciar a los padres del muchacho como comunistas, lo que arruinaría la carrera del papá, tan próspera que hasta había imaginado cesar la errabundez y adquirir casa en Sevilla. El cura-profesor fue echado del plantel y tiempo más tarde se encontraría con Ramón en un concierto por la autonomía andaluza. Y a pesar de saber quién lo denunció, no le guarda rencor, pues había dicho en sus clases que la amistad (y él se consideraba amigo del chico) es como la fraternidad, pues a los amigos y hermanos se les quiere aunque te fallen. Los traviesos escolares habían hecho una broma sustituyendo en esa frase escrita en el pizarrón la a de fallen por una o.

Los breves amoríos de Ramón se deshacen brutalmente, pero quizá renazcan cuando él, adulto ya, guitarrista, vuelva a Sevilla.